

á quien los porteros, acostumbrados á verlo inclinarse, saludar, hacer reverentes adulaciones por espacio de meses y de años enteros, llamaban familiarmente el *señor Eugenio* á secas.

¡Aquello era demasiado! Y en verdad que la descortesía de semejante majadero llegaba en mala ocasión.

Sulpicio se volvió bruscamente, y encarándose con él le dijo en tono desabrido:

—¡Hace algún tiempo me saludabais con un poco más respeto! ¡Se me figura que os pasabais la vida haciendo antesala en el Ministerio para molestarme con vuestras pretensiones!

Esperaba una respuesta altiva de aquel ente, y entonces el ente hubiese pagado por todos; pero el *señor Eugenio* contestó sonriendo:

—¡Y sigo siempre lo mismo, caballero!

Vaudrey le miró estupefacto; luego, con colérica vivacidad, como si en la contestación dada á aquel ente pusiera la realización de todos sus proyectos del porvenir contra los tontos, los aduladores, los lacayos y los ingratos,

—Pues bien —dijo— me volveréis á saludar, porque volveré á ser Ministro.

Y volviéndole la espalda, entró en el salón de sesiones de la Cámara.

En aquel momento oyó una tempestad de aplausos y bravos entusiásticos que le pareció un bofetón recibido en el rostro. Miró en torno suyo y se mordió los labios.

Luciano Granet estaba en la tribuna, y la mayoría parlamentaria le aclamaba.

IX.

Mariana Kayser había tenido el buen gusto, y tal vez el buen sentido, de no querer que su boda se hiciese con solemnidad ni con ostentación.

Poco le importaba entrar furtivamente en su ducado, con tal de poseerlo de verdad. Más tarde tendría tiempo de sobra para erguir la cabeza bajo su corona ducal; entre tanto era necesario mostrarse modesta bajo la corona de azahar. Había despedido de su casa, dotándolos con extraordinaria largueza, á su criado y á su doncella, porque no quería conservar á su servicio á nadie que conociese á Vaudrey. Había aconsejado á la doncella que se casase con Juan.

—Eso de casarse es divertido—le había dicho.

—La señora es muy buena—contestó la muchacha;—pero bien ve la señora por sí misma que lo

mejor es aguardar una ocasión oportuna. No hay que darse prisa. ¡Quién sabe lo que puede suceder!

La futura Duquesa se había mostrado bien poco halagada con las reflexiones de su doncella. ¡Demonio de tonta, que porque se le daba la mano se apresuraba para tomarse el pie! En lo sucesivo procuraría que no le sucediese, teniendo á los criados á cierta distancia respetuosa. Lo interesante era verse libre de aquella gente, y esto estaba ya conseguido. Ahora podría engañar á Rosas fácilmente.

Es verdad que el Duque, enamorado como un loco, más deseoso que nunca de poseer los encantos de su mujer, hubiera sido capaz, como decía Lissac, de aceptarlo todo, de olvidarlo, de perdonarlo todo, para poder estrechar á aquella mujer entre sus brazos. Ella le tenía hecho víctima de una seducción embriagadora, poniendo hábilmente en un beso que enardecía la sangre en las venas de José, promesas elocuentísimas de caricias más ardientes. Y jugando de esa suerte, ella misma iba sintiendo hacia su prometido cierta apasionada ternura, como buena cortesana que acostumbrada á las derrotas fáciles, resistía los impulsos de su temperamento ahora, fingiendo no dejarse vencer tan pronto. Sentía á lo mejor accesos de loco deseo

que la llevaban hacia Rosas como hacia un placer desconocido.

La palidez mate de aquel hombre de ojos de mirar profundo y cuyo labio temblaba cada vez que ella lo buscaba bajo el rubio y poblado bigote, le agradaba. A veces le decía sonriendo que parecía un tigre.—¡O un gato, y eso me gusta mucho á mí que soy muy gata!» «¡Ah, cuánto te amo!» Y sentía estremecimientos extraños al ver estremecerse aquel ser dominado en absoluto, completamente suyo, pero que tenía algunos pensamientos ocultos que sin saber por qué la inquietaban vagamente.

Tenía prisa por ver realizada la boda. Furtivamente, sí, pero definitivamente y legalmente, que era lo que le interesaba. Temía algo así como el despertar de José, no sabía el qué; un anónimo, tal vez un encuentro casual con Guy, una confidencia, una explicación. ¡Quién sabe!

—Aunque después de todo, ese Guy—pensaba ella—no vale la pena de que yo me preocupe. ¡Amenazas de palabra y nada más!

El Duque la había tratado como á una mujer honrada, haciéndole jurar que no había amado jamás, ó por lo menos que ni él ni ningún vivo la había poseído nunca. Había jurado cuanto le pidió,

diciéndole al tío Kayser que aquellos juramentos son como los juramentos políticos, que á nada obligan ni á nada comprometen.

El tío empezaba á tener por su sobrina una admiración extraordinaria.—¡Esto es lo que se llama una mujer!—se decía.—¡Vale mucho! Además le había prometido montarle un estudio magnífico donde pudiera pasarse las horas muertas sin trabajar, echado en un diván, fumando su pipa, y pasarse los días explanando sus teorías sobre la superioridad y moralidad del arte. Aquello era su bello ideal.

También él deseaba que se realizase el matrimonio. Y todo sin hacer mucho ruido. La menor imprudencia pudiera echarlo á perder todo. ¡Era lástima entonces!

—¿Quieres que te diga una cosa? ¡Me parece que vas á la parroquia caminando sobre huevos!

—Está tranquilo—contestaba Mariana riendo mucho—que yo procuraré que no se rompa ninguno.

La boda se celebró. ¡Por fin! como dijo Kayser. Más una formalidad que una ceremonia. Mariana, muy bella, estaba loca de alegría viendo que al fin iba á tocar á la realidad de sus sueños dorados. Jamás la había visto Rosas tan guapa. ¡Cuán

tonto había sido dejando pasar tanto tiempo pensando en preocupaciones ridículas, en vez de decirle desde luego que la amaba! Había perdido años, años de amor que ya no volverían ni siquiera al calor de aquellos amores apasionados que comenzaron el día de la boda.

¡Ah! ¡cuánto la amaría ahora, cuánto la adoraría y conservaría consigo como su voluptuosidad viva! Viajarían. Dentro de tres días saldrían para Italia. Los bultos de equipaje llenaban ya las habitaciones del hotel de la Avenida de Montaigne, su mansión nupcial. Mariana se llevaría consigo todos los recuerdos por ella conservados en el cuartito de modistilla á donde iba Rosas á verla, en la calle Cuvier, donde José le había dicho por primera vez: «Te amo.»

—Nos lo llevaremos todo; no quiero separarme de estos mínimos recuerdos de mi felicidad.

Rosas estaba loco de alegría. La posesión de aquella mujer, deseada como una querida y también más apasionada, más ardiente que una querida, con sus espasmos de lágrimas y de besos, le volvía demente y le hacía experimentar goces intensísimos. Dentro de él había algo que cantaba y bullía como en los días dichosos de los veinte años. Ya deseaba verse con Mariana allá bajo el

límpido cielo de Italia, lejos de las brumas y los fangos de París.

—Estas aceras húmedas, donde se refleja el gas—le decía—me parecen lúgubres. ¡Vamos en busca del cielo azul, Mariana, de los naranjos de Niza, de las estrellas de Nápoles!

Ella sonreía.

Deseaba permanecer aún unos cuantos días en París, feliz y deseosa de pasear su nuevo apellido por aquellas calles, por aquel bosque, por aquellos teatros que la habían conocido triste y pobre paseando sus desesperadas melancolías. Parecíale que anonadaba con su triunfo á las personas y á las cosas. ¡Qué le importaba Nápoles, toda vez que no había paseado por la Chiaja sus desilusiones y su desesperación y abatimiento! Florencia podía creerla una Duquesa como otra cualquiera. Pero aquel París, del cual cada esquina le era familiar y cada calle había servido, por decirlo así, de teatro á sus locuras, á sus esperanzas, á sus caídas, á su abatimiento, á sus decepciones, á todos sus pesares de ambiciosa, que la habían convertido al cabo en la mujer audaz que hemos conocido, aquellos boulevares, aquellos paseos del Lago, aquellos palcos de los teatros á la moda, quería volverlos á ver á la hora de su triunfo, como los

había visto en sus momentos de locura y de desesperación.

—¡Dos días más! ¡Un día más!—decía.—Después del estreno que hay anunciado en Variedades nos iremos. ¿Quieres?

—¡Ah! ¡parisiense, parisiense encarnizada!—contestaba José.

Y ella le miraba sonriente y lanzando chispas por los ojos.

—¿Variedades?..... ¿No te acuerdas?..... ¿La canción aquella?..... ¿La que tarareabas enfermo?..... Me parece estar oyéndola todavía.

El tío Kayser, siempre prudente y precavido, aconsejaba que se marchasen pronto. Temía algo sin saber el qué. Lo temía todo. Todas las mañanas esperaba tropezar en algún periódico algún artículo indiscreto sobre los Duques de Rosas.

—¡Los periodistas no respetan la vida privada! ¡Y sin embargo, es bien respetable!

Al fin se fijó el viaje para dos días después. Estaba resuelto. Rosas había querido volver á ver á Guy por última vez. En su casa de la calle de Aumale le dijeron que el señor de Lissac se hallaba fuera de París viajando. Los balcones de la casa no estaban sin embargo cerrados. El Duque tuvo por un momento el propósito de insistir; pero

luego se retiró y volvió á su casa sin pararse á analizar detenidamente la causa del fastidio repentino de que se sintió acometido. Hacía un día muy bueno. El tiempo estaba seco. Volvióse á pie á la avenida Montaigne, donde debía estar Mariana arreglando los equipajes.

Al entrar en el hotel, donde se hallaban las puertas abiertas, como sucede á la hora de una mudanza ó de un viaje, quedóse asombrado al oír la voz de un hombre, que no era la de Simón Kayser ni la del ayuda de cámara, que contestaba con violencia á las palabras evidentemente encolerizadas de Mariana.

No conocía aquella voz de hombre, y el ruido de una campanilla, cuyo cordón había sido sacudido sin duda alguna en un momento de rabia, le hizo apresurar el paso como si por instinto adivinase que la Duquesa se hallaba en algún peligro.

Con aquel aspecto de desorden, que parecía el producto de un asalto, el hotel, en la penumbra de un anochecer de Diciembre, adquiría un aspecto casi siniestro.

José había experimentado una repentina sensación de angustia.

Llegó rápidamente al salón donde Mariana, en

vuelta en una bata de raso negra y de pie delante de la chimenea, tenía aún cogido con movimiento de verdadera rabia el cordón de la campanilla cuyas vibraciones habían alarmado al Duque.

Delante de ella, un joven de grandes mostachos, al cual no conocía el señor de Rosas, estaba en pie con el sombrero puesto y echado sobre una oreja.

Tenía el aire insolente y parecía hallarse fuera de su centro, encerrado en una levita que le sentaba como á un Cristo un par de pistolas. Sus ademanes eran groseros, y con las manos metidas en el bolsillo, su aspecto era á la vez villano y amenazador.

Mariana llamaba á un criado.

Estaba roja de furor.

Al ver á José se puso lívida.

—¿Qué pasa?—preguntó el señor de Rosas con frialdad, acercándose á la Duquesa y á aquel hombre.

El desconocido le miró, se quitó el sombrero y preguntó con voz fuerte y aguardentosa:

—¿Sois el señor Duque de Rosas?

—¡Sí!—dijo José.—¿Podré saber?

—¡Nada! ¡no es nada!—exclamó Mariana precipitándose hacia su marido y cogiéndole las manos como si quisiera llevárselo de allí.

—¿Cómo nada?—dijo entonces el hombre irguiéndose con altivez, con el sombrero en la mano y el brazo puesto en jarras.—¿Decís que no es nada haber tratado á un caballero como acabáis de tratarme á mí?

Volvióse hacia Rosas y dijo con tono breve, saludando afectadamente:

—¡Soy Adolfo Gochard!..... ¿No me conocéis, señor Duque?

—No—dijo José.

—¿Cómo queréis?.....

—¡Ah! perdonad—dijo Gochard interrumpiendo á Mariana.—Habéis llamado, habéis querido que venga gente, me habéis amenazado con echarme á la calle, y puesto que habéis hecho todo eso, os aseguro que ahora me han de oír hasta los muertos.

Los criados que habían acudido al ruido se asomaron á la puerta.

—¡Marchaos!—gritó Mariana.

—¿Por qué?—le preguntó friamente el Duque.

—Porque la señora prefiere que lo que tengo que decir os lo diga á vos solo!—dijo Gochard.—¡Ah! habéis pretendido que yo quería estafaros. ¡Yo! ¡un veterano, un sargento licenciado, cometer estafas!..... Ahora veréis, ahora veréis.

—Caballero—dijo el Duque, que estaba lívido y cuyos apretados dientes rechinaban—no sé lo que queréis decir con todas esas cosas á la señora Duquesa de Rosas, ni sé tampoco lo que os habéis atrevido á decirle antes; pero váis á salir de aquí inmediatamente.

—¿Cómo es eso?.....—dijo el hombre encorvando sus abultados hombros de luchador.

—¡Pues muy sencillo: saliendo!

—¡Quisiera verlo!—dijo Gochard.—Veo, voto al diablo, que la gente de vuestra clase no es muy cortés que digamos.

—¡No hay para qué ser cortés con los canallas! ¡Estáis en mi casa!

—¡Oh! no sois vos quien me ha de enseñar en dónde estoy—contestó el querido de la Dujarrier guiñando el ojo.—Pero esta señora ha vivido bastante tiempo á costa mía en la calle de Prony, y gracias á mi firma, sí, señor, á mi firma, halló el medio de alquilar el hotel de la señorita Vanda. ¡Conque no venga ahora á darse tono conmigo!

—¡Vuestra firma!..... ¡El hotel Vanda!

El Duque miró á Mariana, que, blanca como una muerta, en vez de indignarse suplicaba, tratando de alejar á su marido de aquel sitio, como si corriese allí un gran peligro.

—¡Ah! ¡no faltaba más!—gritó José;—es necesario explicarme.....

—Pues la cosa es muy sencilla. Necesito dinero. La Dujarrier me ha dado bien poco para lo que era este negocio. Es demasiado avara, y por eso he venido á pedírselo á Mariana. Se sube á las nubes, y en vez de comprender que vengo en son de paz y amistosamente, me amenaza con echarme á la calle, diciéndome que soy un timador. ¡Yo!.... ¡yo!..... ¡Qué tontería!

¡Aquel hombre osaba decir que iba á ver como amigo á la que llevaba el título de Duquesa de Rosas! ¡Aquel borracho insolente había ayudado á Mariana para subarrendar el hotel de una prostituta!..... ¡En la calle de Prony!..... ¡Vanda!..... ¿Qué tenían que ver todos esos nombres con el de la Duquesa de Rosas? ¿Y qué tenía ella de común con la Dujarrier, una mujer cuya vida vergonzosa conocía perfectamente el aristócrata español?

¡Ah! puesto que había comenzado, preciso sería que lo dijera todo. Aunque no quisiera, se lo diría todo. Rosas, asustado también, asustado sin saber por qué, pero creyendo que iba á saber algo muy vil y muy bajo de la que ya era su esposa, sentía temblar entre las suyas la mano de Mariana, y poco á poco, á medida que Gochard hablaba, com-

prendía que Mariana quería alejarse, y él era ahora quien la detenía, apretando los dedos y comprimiendo la muñeca de la joven, obligándola á que no se fuese, á que lo oyera todo.

—¡Ah! os equivocáis si habéis creído que tengo miedo de hablar—decía Gochard.—¿Yo? ¡ahora lo sabréis todo!

Y entonces, con cierta grosera jactancia de matón, buscando palabras raras, vengándose cobardemente por medio de bromas y chacotas de mal gusto, que parecían escupitinajos de tabaco, de aquella mujer que le había insultado un momento antes, que le hablaba de estafas, y de timos, y de policía, y de lacayos echándolo á la calle, relató todo lo que sabía, la vida de Mariana, su miseria, sus desesperaciones, sus amores, la combinación de la Dujarrier, el alquiler del hotel de Vanda, el pagaré de Vaudrey, la renovación de ese documento, su tontería, la tontería de Gochard, porque era demasiado buen chico y demasiado confiado en la palabra de Clara Dujarrier, que le había hecho no reservarse su correspondiente tanto por ciento en el negocio. ¡Ah! ¡las mujeres! ¡No se puede fiar uno de ellas!

Rosas escuchaba con la boca abierta, con la sangre subida á la cabeza, con las sienas dándole

martillazos, clavando los dedos en el brazo de Mariana, que miraba á Gochard con aire feroz.

Cuando hubo concluído, se escapó de las garras de Rosas haciendo un esfuerzo terrible, se acercó al miserable y le escupió en la cara.

Él levantó la mano y le dijo:

—¡Ah, perra!

—¡Salid de aquí!—gritó el Duque.—¡Se os pagará!

—El dinero no es todo. Quiero también que se me trate con consideración—dijo Gochard limpiándose la cara.

Y colocó una tarjeta suya sobre la chimenea.

—¡Adolfo Gochard! ¡ahí están las señas de mi casa! ¡Es verdad que demasiado las conoce Mariana! ¡Y á pistola, á sable, á espada, á lo que queráis! ¡Yo no temo á nadie!

—Ya te han dicho que te se pagará—gritó Mariana absolutamente loca y disponiéndose á arañarle.—¡Vete, canalla! ¡vete, ladrón!

—¡Qué tonterías!—respondió Adolfo poniéndose el sombrero.—¡Ya he dicho lo que tenía que decir! ¡No me gusta que nadie se ría de mí!

Y desapareció.

Rosas ni siquiera le vió marcharse.

Había cogido á Mariana por las dos manos y la

llevó hasta junto al balcón, por donde aun penetraba alguna claridad del día, y convulso, nervioso, horriblemente pálido, la miró con fijeza, cara á cara.

Ella estaba aterrada. Creyó que iba á morir. Comprendía que su marido iba á matarla.

Bruscamente cayó de rodillas.

Él seguía mirándola con ojos extraviados.

—¿De modo que Vaudrey?..... ¿Vaudrey? ¿Ese hombre que he visto en casa de tu tío?..... ¿Con el cual me he codeado yendo contigo?..... ¿Vaudrey?..... ¿era tu amante?

Ella, horrizada, no respondía.

—¿Me habías engañado?..... Contesta, infame mujer..... ¿me habías engañado?

—¡Te amaba! ¡Te quería, estaba loca por poseerte!—dijo Mariana.

—¡Bah!—respondió Rosas con voz estridente que le salía del pecho.—¡Lo que tú querías era lo mismo que ese canalla: dinero! ¡Habérmelo pedido! Os lo hubiera dado, os hubiese dado aunque hubiese sido toda mi fortuna! ¡Pero mi nombre, no! ¡mi nombre, no!

Y la rechazó brutalmente.

Ella continuaba arrodillada. Sus manos caídas tocaban en el suelo. Sus ojos perdidos contempla-

ban abiertos los caprichosos dibujos de la alfombra.

Estaba segura de que iba á morir. La repentina cólera de José tenía sobresaltos propios de la furia de una bestia salvaje. Sus ojos lanzaban rayos iracundos.

Luego se echó á reir nerviosamente como una mujer histérica.

—¡Imbécil! ¡imbécil! ¡imbécil!..... ¡En la casa de una prostituta, allá en la calle de Prony, en el hotel de Vanda! ¡Vanda! ¡En casa de Vanda, en el lecho de una cortesana, se ha entregado, se ha vendido una Rosas! ¡Porque ahora es una Rosas! ¡una Duquesa de Rosas! ¡Imbécil! ¡qué imbécil soy!

Mariana hubiese querido hablar, suplicar. El espanto le helaba la sangre en las venas y paralizaba su lengua.

Comprendía que aquel crédulo hasta la candidez acababa de tomar una determinación implacable. Veía que de su esclavo se había convertido en su amo.

—¡José!—dijo dulcemente la asustada voz de Mariana.

Él se enderezó, rígido al oír ese nombre, como si hubiese oído una injuria.

—¡Vamos!—contestó con frialdad—sea. Lo hecho no tiene remedio. ¡Peor para los tontos! pero escuchad lo que voy á deciros.

Aquel joven, bajo de estatura, rubio, pálido, parecía, en medio de las sombras que empezaban á invadir la habitación un retrato antiguo escapado de su marco.

Su mano de acero volvió á caer sobre la muñeca de Mariana.

—¡Os llamáis la Duquesa de Rosas!..... ¡Ese título que tanto ambicionabais, lo habéis estafado!..... Pero por lo menos evitaré que lo arrastréis por el fango ante las miradas irónicas y burlonas, las sonrisas insultantes y los chismes y comentarios de este París, cuyo olor os atrae tanto, que no habéis querido dejarlo todavía! ¡Caramba! ¡Apuesto á que tendréis por ahí algún otro querido! Vaudrey!..... ó Lissac!..... ¡Quién sabe cuántos!

—Os juro.....

—¡Oh! me habéis engañado, y es inútil que juréis. Nos vamos á marchar. No á Italia. Eso es bueno para los que se aman. ¿No conocéis el castillo de Fuencarral?..... Pues váis á conocerlo. Esa será ahora vuestra cárcel. ¡Es vuestro, puesto que sois de la familia de los Rosas!

Y se echó á reir nuevamente con expresión ame-

nazadora, como si fuese un juez que se complaciera en insultar á un sentenciado.

—Nos vamos á Toledo. Un día me preguntabais por el castillo donde yo he nacido. Pues es sencillamente una cárcel. Después de todo, allí se vive. Pero cuando se entra en él, se sale bien poco. La divisa que lleváis no es muy agradable, pero es elocuente, ya la conocéis: *Hasta la muerte*. ¿Qué os parece?..... Dentro de tres días estaremos en Toledo. Allí hay retratos de Duquesas de Rosas que os verán pasar desde lo alto de las paredes, y como entre ellas no ha habido ni adúlteras ni prostitutas, es posible que se pregunten para sus adentros qué irá á hacer allí una parisiense.

Yo les contestaré que va á pasarse la vida, toda la vida conmigo; conmigo, por quien estabais loca, según habéis dicho, y nadie tendrá el derecho de burlarse del Duque de Rosas, que no volverá á ver á nadie. ¡Oh, sí! ¡ya sé que soy un hombre de otros tiempos! ¡Soy ridículo! ¡soy romántico! ¡soy así! Habéis despertado al semisalvaje que dormía dentro de mí. Peor para vos si me habéis recordado que soy un descendiente de los Rosas.

Mariana se quedó como anonadada, oyendo el ruido de los pasos del Duque que iba y venía de una parte á otra.

Algunas veces, cuando pasaba cerca de él, su sombra aumentada se extendía sobre ella y le daba frío y miedo.

Experimentaba la sensación de espanto que se siente ante una tumba abierta.

Mariana se estremeció, quiso suplicar y murmuró:

—¡Piedad!..... ¡perdón!

—Señora Duquesa—dijo Rosas con frialdad—yo soy de esos que pueden ser engañados, porque no hay nadie que esté libre de una traición; pero no soy de los que perdonan jamás. ¡He sido un tonto, un cándido, un necio! ¡Peor para mí! ¡y peor para vos! ¡Rosas sois y Rosas seréis! ¡Ah, he sido vuestra víctima! ¡Perfectamente: convenido! ¡vos seréis la mía! ¿Supongo que no encontraréis todo esto injusto? ¡Es lo más natural del mundo! ¡No quiero ni el escándalo de un proceso, ni el ruido de varios duelos! Me pondría en ridículo á los ojos de todos; pero no quiero ponerme en ridículo á mis propios ojos y á los vuestros. No he querido ser vuestro amante, y apenas he sido vuestro marido. Ahora seré vuestro compañero de toda la vida. *¡Hasta la muerte!* A mí no me da miedo el frío de piedra de un Escorial. Estoy acostumbrado á ello. Si á vos os hace temblar,

¿quién tiene la culpa? Puesto que lo habéis querido, nos suicidaremos los dos. ¡Esta noche nos vamos!

—¡Esta noche!—repitió Rosas, terrible, mientras Mariana, aterrada, se sentía anonadada bajo el peso de este título: *Duquesa de Rosas*.

Simón Kayser iba á comer. Se enteró con espanto que todo se lo había llevado la trampa.

¡Cómo! ¿Se había enterado de todo el pícaro Duque?

¿Y le daba por tomar la cosa por el lado dramático?

¡Qué tontería!.....

—En fin, ¿qué le hemos de hacer?—dijo el tío, después de haberse preguntado dónde se iría á comer.—¡Demonio de hombre!..... ¡Y es muy capaz de dejarla morir como un perro, allí, entre aquellas cuatro paredes!..... Ella se tiene la culpa. Porque la verdad es que debía habérselas arreglado de modo que no viniese un tipo como Gochard á echarlo todo á perder. ¡Me da lástima la pobre Mariana!..... ¡Todo estaba bien arreglado, bien dibujado y bien compuesto! ¡Qué plan de campaña! ¡Superior! ¡Y ahora se viene todo á tierra! En todas las cosas de este mundo sucede

lo mismo: hacer el gran arte es hacer el tonto. ¡El destino es inmoral! Ella y yo seríamos acaso más felices, si no nos hubiésemos metido en libros de caballería, y ella se hubiera hecho simplemente *cocotte* y yo fotógrafo.

—Sino que—añadió el pobre diablo—tiene uno altas miras, *as-pi-ra-cio-nes*, ¡y eso no se puede remediar!..... ¡Cuando uno nace artista!.....

FIN DE LA NOVELA.

